

Los párpados de aquel Belisario de los montes sólo cubrían unas cavidades sin ojos y medio secas por efecto del mucho tiempo que llevaban vacías.

Reunidos todos los cazadores, y bien examinada la cabeza del animal, vimos sobre el hueso frontal muchos perdigones del número 4, algunos de ellos completamente aplastados. Aquel tiro, sin duda, recibido de frente en la cabeza, fué el que le privó de la vista.

Dicha cabeza figura hoy en el gabinete de uno de nuestros camaradas de expedición, que quiso conservarla en su poder.

Al pobre ciego le han puesto unos ojos de cristal, y muchas veces, á través del humo de los tabacos, parece que se anima cuando recordamos los tiempos en que ocurrió su muerte, allá en los desfiladeros de la alegre sierra que sirve de antemural á la hermosa y feraz Andalucía.

## IV

Curiosa y rara es la siguiente muerte de una jabalina:

Informado el Alcalde de Andelys de que una manada de jabalies ejercía sus estragos en los contornos de

dicho pueblo, se dispuso á castigar á tan temibles huéspedes.

Una enorme jabalina arranca ante los perros, y recibe una bala en un costado á unos 60 metros: la fiera queda atravesada de parte á parte.

Sin embargo, el animal, á pesar de esta terrible herida, más enfurecido aún por el dolor, atraviesa la llanura acosado por los perros, y se refugia en el bosque de Vernón. En éste ya, un pastor, hombre conocido por su fuerza extraordinaria, echa á correr tras de la fiera para ver si podía apoderarse de ella, cuando lo ve la jabalina y se arroja sobre él de repente.

El pastor da un salto hacia atrás, y, al mismo tiempo que recibe una dentellada en el pulgar de la mano izquierda, coge el animal por las orejas y se echa encima de él á fin de tenerle sujeto.

Durante veinte minutos lo menos, este hombre valeroso es arrastrado por el animal furioso, el cual hacía retumbar el bosque con sus espantosos gruñidos.

El Alcalde llega en el momento en que el pastor, agotadas ya sus fuerzas, caía desvanecido.

El animal se precipita sobre su nuevo adversario, que le detiene enviándole una bala al corazón.

La monstruosa jabalina, que tenía en su vientre nueve jabatos, pesaba 140 kilogramos.



CAZA  
DE LA  
LIEBRE  
Y DEL  
CONEJO

## CAPITULO XVIII

## GENERALIDADES SOBRE LA LIEBRE



AS liebres tienen dos ventajas, que son su utilidad y su número, reproduciéndose de una manera tan prodigiosa en todos cuantos países habitan, que luego es preciso mucho arte, mucho plomo y mucha guerra para disminuir el número, que llega á ser á veces molesto por todo extremo. Hay cotos de caza en donde se matan por centenares estos tímidos animales, que se multiplican tanto á causa de hallarse en

estado de engendrar en todo tiempo y desde el primer año de su vida. El periodo de la preñez sólo dura treinta días, al cabo de los cuales paren tres ó cuatro lebratillos, y, no bien la hembra los ha dado á luz, vuelve á recibir al macho.

Por la conformación particular de los órganos genitales de las liebres, suele ser frecuente en ellas la superfetación.

Nacen los lebratillos con los ojos abiertos, y la madre los sustenta por espacio de veinte días, al cabo de

los cuales se separan y buscan por sí mismos el alimento. No se alejan mucho del paraje en que nacieron; viven solitarios y tiene cada uno su cama á corta distancia, por cuya razón, cuando se encuentra un lebrato en determinado sitio, es casi seguro hallar otro ú otros dos en las cercanías.

Las liebres gustan más pacer de noche que de día, y se sustentan de hierbas, raíces, hojas, frutos y semillas, prefiriendo las plantas cuya savia es láctea. Algunas personas que crían liebres en sus casas las mantienen con lechugas y legumbres; pero la carne adquiere un sabor muy desagradable con tal género de nutrición.

Descansan regaladamente las liebres en sus camas durante el día, y no viven sino de noche. A la luz de la Luna se las ve jugar, saltar y correr unas tras otras, huyendo como centellas, cada cual por su lado, apenas perciben el menor ruido, pues su cobardía y apocamiento no tienen comparación posible. Duermen poquisimo y, al parecer, con los ojos abiertos; no tienen pestañas, y su vista parece defectuosa; pero en cambio, y por la ley previsorá de las compensaciones, poseen un oído muy perspicaz, y mueven con gran ligereza las orejas, que son de un tamaño desmedido, sirviéndose de ellas como de un timón para dirigirse en su carrera, la cual es tan rápida, que adelantan con facilidad á los galgos más corredores del mundo. Sus extremidades anteriores son más cortas que las posteriores, siéndole más cómodo correr hacia arriba que hacia abajo; por lo cual, cuando se ven perseguidas, empiezan siempre por encaramarse á sitios elevados. Su movimiento en la carrera es una especie de galope, una serie de saltos apresurados, caminando sin hacer ningún ruido, porque tienen las patas cubiertas y guarnecidas de pelo hasta la parte inferior.

Pasa la liebre su vida en soledad y en silencio, sin oírsele nunca el metal de la voz sino cuando se la hiere ó se la atormenta, y no es tan salvaje como parece deducirse de sus hábitos y costumbres, pues se amansa con cierta facilidad, aunque jamás llega á ser animal doméstico, porque en cuanto se le presenta ocasión recobra la libertad y huye á los campos con la presteza propia de su casta.

Por lo común no carece este animal de instinto de conservación ni de sagacidad para libertarse de los cazadores. En invierno encama en lugares expuestos al sol de mediodía, y en verano al norte, ocultándose, para no ser vista, entre terrones del mismo color de su pelo. Un cazador asegura haber visto cierta liebre tan astuta, que apenas oía la algazara del ojeo dejaba su cama y se iba á un estanque, á distancia de un cuarto

de legua, escondiéndose entre los juncos, aunque los perros no la persiguieran: otra corría por espacio de dos horas, seguida de galgos, y, después de hacerles perder la pista, volvía á su primitivo escondite: otras se cuelan por debajo de la puerta de los establos, ocultándose en medio de las ovejas, sin salir al campo hasta que comprenden que ha pasado el peligro.

Estos son, sin duda, los mayores esfuerzos de su instinto, porque los ardides que emplean de continuo son más ordinarios y poco delicados, contentándose, así que se ven perseguidas, con huir velozmente y dar vueltas y revueltas, sin enderezar su carrera contra el viento, sino hacia el lado opuesto.

En general, y ténganlo muy en cuenta los cazadores, todas las liebres nacidas en los sitios donde se las levanta no se apartan mucho de él, y, si se les da caza dos días consecutivos, vuelven al siguiente á los mismos terrenos que transitaron la víspera. Cuando una liebre corre en línea recta y se aparta del paraje de donde fué echada, es prueba de que sólo estaba allí de paso.

Sucedè que, en los meses más fuertes del celo, algunos machos, faltos de hembras en sus países nativos, caminan muchas leguas á buscarlas y se mantienen en su compañía; pero así que se ven perseguidos por los perros se escapan á su propio país, y ya no vuelven jamás á emprender excursiones que puedan costarles el pellejo.

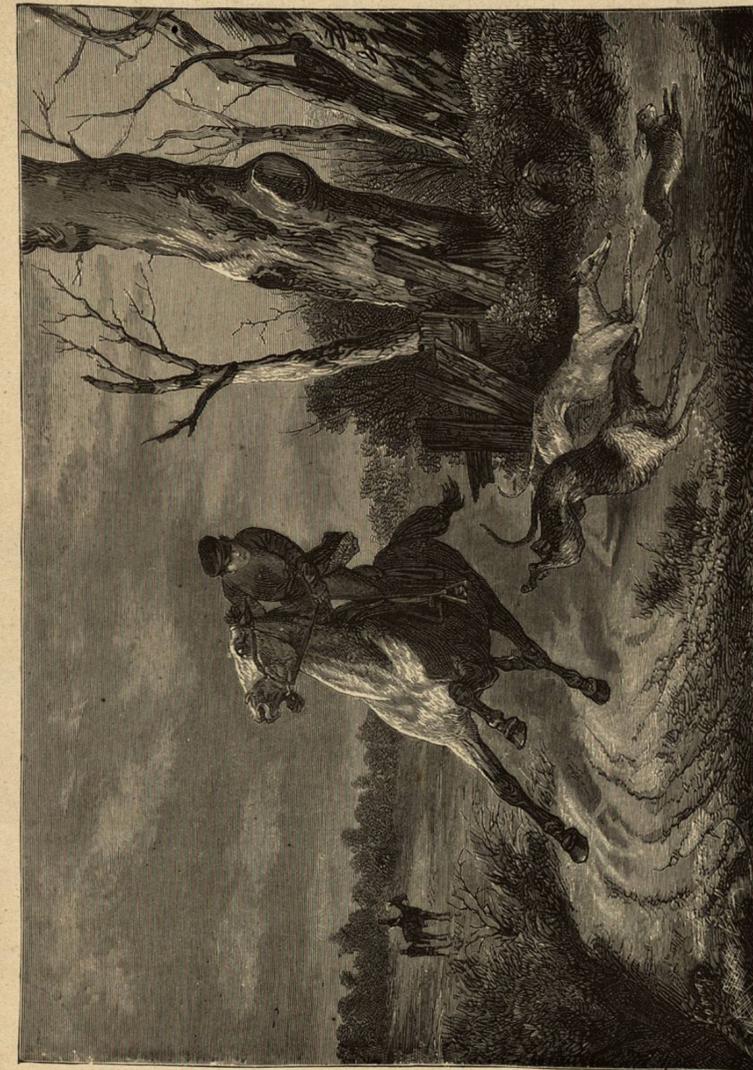
Las hembras son las que nunca dejan su domicilio: son de mayor tamaño que los machos, y, sin embargo, más tímidas y de menos agilidad y fuerza, pues no esperan tanto como ellos á que los perros se acerquen á sus camas, valiéndose de muchos más ardides y rodeos. Su carne es delicadísima y mejor que la del macho, impregnada, como lo está, en la fragancia del sépol y del tomillo; de modo que los cazadores prefieren matar una hembra á tres machos.

La naturaleza del terreno influye en estos animales como en todos los demás. Las liebres de montaña son mayores, más robustas y hasta de diferente color que las que viven en el llano. Aquéllas son más blancas en el vientre y más pardas en lo restante del cuerpo que las segundas. En las montañas elevadas y en los países del norte se vuelven blancas en el invierno, recobrando en el verano su color ordinario. Las liebres nacidas en los países cálidos son las más pequeñas que se conocen, y prosperan y se reproducen en todos los climas.

Este animal, tan buscado para las mesas en Europa, sobre todo en Francia, donde se hace el famoso *civet*, y en España el renombrado pastel de liebre, no tiene

ningún mérito para los árabes, que le dan caza por recreo y para lucir más bien la apostura, ligereza y gallardía de sus afamados lebreles. Bien es verdad que la

ley de Mahoma, y anteriormente la de los judíos, prohibieron el uso de esta carne, así como la del cerdo; pero los romanos antiguos la apreciaban tanto como



Escena de caza

nosotros. *Inter quadrupedes gloria prima, lepus*, como dice Marcial.

La caza de liebres es la diversión favorita, y casi puede decirse la ocupación única, de las gentes ociosas

del campo, que la mayor parte de las veces usan un simple garrote, cuyo manejo poseen á las mil maravillas. Luego, y como no se necesitan grandes gastos ni aparato como en la que se hace á caballo y á la carre-

ra, y además produce utilidad, conviene á todo el mundo. Por la mañana, y por la tarde á puestas del Sol, van los cazadores á la linde de los bosques á esperar á las liebres al tiempo que entran ó salen, cuando el aire es fresco y la atmósfera está despejada. Si la liebre va á encamarse, después de haber corrido, el vapor que despidе su cuerpo forma una ligera humareda, que los cazadores perciben desde muy lejos cuando tienen la vista acostumbrada á esta curiosa observación.

La liebre tiene á los perros mucho más miedo que á los hombres, y cuando los oye ó los ve no espera á que

se le acerquen. Aunque su carrera es más veloz que la de aquéllos, como no corre en línea recta, sino que gira de continuo en derredor del sitio de donde salió, los galgos, que la siguen más bien por la vista que por el olfato, le cortan el camino, la cogen y la matan.

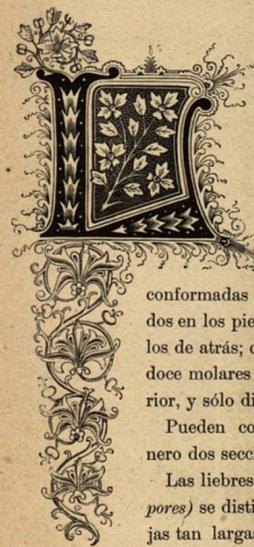
Las aves de rapiña, las zorras y los lobos le hacen la guerra al par que los hombres: son tantos y tan formidables los enemigos que la persiguen, que por casualidad se libra de ellos, y es muy raro que la dejen gozar del corto número de días que le ha concedido la naturaleza.



## CAPITULO XIX

LA LIEBRE RETRATADA POR LOS NATURALISTAS

I



Las liebres tienen el cuerpo más ó menos prolongado, cabeza comprimida, orejas largas y grandes, piernas posteriores más desarrolladas que las anteriores y

conformadas para el salto; cinco dedos en los pies anteriores y cuatro en los de atrás; cola corta y levantada, doce molares en la mandíbula superior, y sólo diez en la inferior. <sup>(1)</sup>

Pueden comprenderse en este género dos secciones muy distintas.

Las liebres propiamente dichas (*leporos*) se distinguen por tener las orejas tan largas, cuando menos, como la cabeza; por su pecho angosto relativamente al cuarto trasero, que es ancho; y por sus miembros posteriores, mucho más largos y fuertes que los anteriores. Además de esto su pelaje es gris y muy desigual, no hacen madrigueras, dan á luz sus hijuelos al aire libre, y

éstos nacen con el cuerpo cubierto de un espeso pelo.

La liebre común (*Lepus timidus*) mide 75 centímetros de largo, de los cuales pertenecen poco más de 8 á la cola; tiene 30 centímetros de alto y pesa de 4 á 5 kilogramos. En la buena estación se encuentran á veces individuos cuyo peso es de 9. La liebre de montaña es mayor que la de llanura, sin duda porque no se la persigue tanto.

Difícil es describir el color de su pelaje en pocas palabras: tiene el bozo muy espeso y crespo; los pelos sedosos, muy largos y ásperos; debajo de la garganta y en los costados es el bozo blanco; de este mismo color, con el extremo pardo oscuro, en el lomo; de un rojo oscuro en el cuello, y de igual tinte, con la punta blanca, en la nuca. Los pelos sedosos del lomo son negros los unos, y grises los otros en su raíz, con el extremo pardo oscuro, anillado de color amarillo de orín. El pelaje ofrece en su conjunto un tinte como el de la tierra, el lomo es pardo amarillo moteado de negro, el cuello amarillo pardo con listas blancas, y el vientre de este mismo color, que cambia con las estaciones.

La hembra vieja es más rojiza que el macho. Se encuentran también algunas amarillas, manchadas y blancas, por manera que el color es muy variable; pero

(1) Brhem, *Vida de los animales*, trad. por V.<sup>a</sup>